

Nos quitaron la fiesta... a propósito del UPD

Celebrar, hacer fiesta, generar espacios de alegría, nos hace mucho bien. Fuimos creados para ser felices. Dios quiere nuestra felicidad.

Tenemos muchos motivos para celebrar: el don de la vida, la amistad, todos los regalos que Dios nos hace. Fuimos creados con un cuerpo maravilloso. Se nos dio talentos, capacidad de crear, trabajar, de dar vida. Dios nos hizo a su imagen y nos llamó a ser hijos de Él y a vivir eternamente con Él. Nos dio una familia, amigos, la naturaleza. Nos prometió que un día nos reencontraremos todos en su casa y celebraremos eternamente la alegría de estar juntos para siempre. Hacer fiesta es anticipar ese momento, ir gustándolo, prepararnos para el encuentro definitivo con Él y entre nosotros.

El pueblo de Dios, en el Antiguo Testamento, respetaba mucho los momentos de celebración.

En nuestras familias hemos vivido momentos hermosos de gratitud por un cumpleaños, un aniversario, un momento de éxito o un nacimiento.

Hacer fiesta es sentirnos unidos, en amistad, en familia; es comunicarnos, redescubrirnos, intensificar nuestros vínculos, conversar de lo que estamos viviendo, descubrir nuestra común historia y hacer memoria agradecida de ella, compartir. Compartir... fuimos creados a imagen de un Dios que es comunión de personas. Por eso, cuando compartimos y crecemos en la unidad, nos sentimos bien ¿Quién disfruta de los desencuentros, la violencia, la ausencia de diálogo, el aislamiento? El encuentro con el otro, el descubrir que no estamos solos, el celebrar el bien del otro, nos hace mucho bien.

Hacer fiesta es manifestar nuestra alegría en el canto, el baile, la expresión artística. Es dejar que nuestra alegría se manifieste y contagie.

Pero... qué pena. Nos quitaron la fiesta... mucho de nuestros jóvenes no pueden vivir la alegría de estar en familia o entre amigos, de descubrir la riqueza del otro y su propia riqueza, no pueden conversar, vincularse, vivir el gozo de la comunión. Se pierden la fiesta porque el alcohol los hunde en el sin sentido, la droga los atonta y los destruye como persona, la cercanía del peligro los pone en continuo riesgo.

Y lo que es peor, los adultos los consentimos... Matar un hijo no es sólo quitarle la vida, es también permitir que esa vida se arruine en una genitalidad mal usada, en una sexualidad que, porque se divorcia del amor, mata el corazón. Matar es dejar que la dependencia química tome cuenta de su vida. Una noche de alcohol no es una noche de alcohol, es el iceberg que muestra que algo mal está andando y que si no lo dialogamos, nos mata. Una noche de alcohol es tapar algo que no se está manifestando y que en algún momento los enferma, los deprime, los vuelve violento o los mata.

¿No hemos visto tantos jóvenes morir en una noche de alcohol como para seguir cerrando los ojos? Y cuidado, si no les mata el cuerpo, seguro les mata las ganas de vivir con alegría, le mata el alma y el corazón.

Ellos, los jóvenes, desafían los límites porque no le hemos enseñado que ponernos límites en la vida es lo que posibilita no limitar la felicidad.

Los que venden la droga y el alcohol, los que lucran con el sexo desordenado, los que se enriquecen a costa de la muerte, están felices. Esa felicidad se les acabará porque la muerte no es la última palabra de la historia y los que fueron cómplices de ella por acción o por omisión, no se sentarán en la mesa eterna de la vida. Ellos no quisieron participar, nadie los echó; apostaron a la muerte.

P. Rodolfo Pedro Capalozza, SAC